TONI SÁNCHEZ BERNAL



ATRAPADA EN LA OSCURIDAD

Planeta

Toni Sánchez Bernal



Atrapada en la oscuridad

Planeta

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Toni Sánchez Bernal, 2025
Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: julio de 2025
Depósito legal: B. 10.845-2025
ISBN: 978-84-08-30585-9
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España



1

Estar en la oscuridad es como volver a casa.

De repente se da cuenta de eso y le parece triste.

Se quita las manos de la cara. Respiración tranquila, claridad mental, de nuevo la sangre corriendo por sus venas. Se arma de valentía; un, dos, tres, y se mira en el espejo que hay en la pared de enfrente: no se reconoce. No por su cambio físico, sino por lo que delatan sus ojos. Unos ojos que prometen la entrada a una pesadilla.

Vuelve a hacerse un ovillo en la esquina y se obliga a pensar.

Saber que vas a morir te hace libre. Libre de actuar, de moverte a la desesperada; revolverte contra el destino y mirarlo a los ojos. Es lo que se dice desde ese rincón olvidado. No sabe si para asumir lo inconcebible y relajarse, o para sacar coraje de donde no hay. Aún no es consciente de que ha logrado escapar. Mejor dicho: de que está escapando. Un paso y otro paso, esa es la clave. Cada segundo es una victoria sobre sus enemigos y el destino mismo.

Echa a caminar, saliendo del portal en el que lleva media hora escondida, paralizada y con la cabeza hirviendo. La calle la acoge con hostilidad, haciéndole saber que no es bien recibida, que ese no es su lugar. El sol, que apenas despunta, la agrede de frente y el ambiente se le hace bullicioso a más no poder. Tanta gente; hay un alboroto constante que a ella se le enquista y le provoca un dolor agudo en el entrecejo.

No es hora de desfallecer. Sabe que la están buscando y que pueden estar en cualquier sitio. No flaquearán, de eso está segura. ¿Será que la están viendo ahora mismo y esperan para darle caza en el momento idóneo? Con esa duda acelera el paso.

Cuando choca con una mujer y unas naranjas empiezan a rodar por la calle le sobreviene la revelación: no tiene a dónde ir. Está sola.

Reemprende el paso mientras la mujer recoge sus naranjas y le pide explicaciones: a dónde vas tan disparada; estás ciega o qué; eso, vete, qué maleducada eres; habrase visto... A la fugitiva le sabe mal, claro que le sabe mal, pero se obliga a seguir huyendo con el corazón encogido y la respiración entrecortada. Tiene la certeza de estar en Madrid —al menos eso—, pero no reconoce la calle y le da miedo pararse a preguntar.

Si dan con ella la matarán.

La matarán o tendrá que matar, y ella no quiere eso.

Le cuesta, pero a veces hace esfuerzos por recordar su nombre y aquellos tiempos en los que no todo era tan difícil, cuando la vida sonreía y tenía música, cuando había esperanza en sus días. Si mira hacia atrás ve que ha tenido dos vidas, y no sabe cuál ha sido más auténtica.

En algunas ocasiones cree que la noche en la que todo cambió es una invención. Que no pudo pasar tal cosa; que despertará, ¡zas!, y volverá a ser la joven inocente sin sombra alguna. No esta mujer de casi cincuenta años en la que se halla encerrada.

Pero no, entonces la asalta el sudor frío y el temblor que a veces la domina. Por más que corra siempre habrá una verdad que logre dar con ella.

Aquello pasó, y lo fastidió todo.

Era una noche de primavera, casi tres décadas atrás. Recuerda con viveza que después del recital de piano de su hermana en el salón de actos del Casino de Madrid se dispuso a escapar de su familia.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —preguntó su padre al ver que se ponía la chaqueta—. Pensábamos ir a La Albahaca a tomar algo. Te encantan las bravas de allí.

—He quedado con las chicas, ya os lo dije.

Ni su madre ni su padre intentaron ocultar su decepción. Él aplastando su papada con tristeza, ella mirándola con censura.

—Sois hermanas...

—He venido al recital, ¿no?

—De verdad que no sé qué he hecho mal con vosotras.

—La vida, mamá. La vida.

Les dio dos besos a sus padres, los últimos que les daría jamás, y se fue del Casino. Se dijo que por qué no tomar algo sola. Se dedicó a vagabundear en busca de un sitio donde llenar el estómago.

Recuerda el paréntesis que se produjo después de pedir y antes de que le sirvieran una *pizza*. Ese apoyar los codos en la mesa, juguetear con la servilleta, mover el vaso de cerveza de aquí para allá mientras miraba a los demás comensales. Pensó que ir sola a comer o al cine era algo a lo que mucha gente se negaba, y en ese instante se sintió satisfecha de su evolución personal. Por fin empezaba a ver resultados de su proceso: primero conseguir dinero —aunque el modo en el que lo había hecho se le antojaba sucio, pero ya lidiaría con su conciencia más adelante—, después comprarse un coche y ahora esos pequeños grandes pasos como cenar sola un viernes por la noche.

El camarero le acercó la cuatro estaciones y para su gusto se quedó demasiado rato; ahí de pie, delante de ella, con las manos en el respaldo de la silla y sonrisilla de galán. Sí, estaba coqueteando con ella —o intentándolo, mejor dicho—: pobrecito. Pero ella aguantó el chaparrón asintiendo de vez en cuando.

Aquella sería su última conversación normal.

Normal. En el sentido más reconfortante de la palabra.

Cuando hoy rememora aquella velada, las imágenes se aceleran en su cabeza hasta desembocar en ese momento. Ese momento que tantas pesadillas le provoca desde hace años.

Se ve conduciendo su Nissan Primera plateado. Su padre llevaba años empeñándose en comprarle un deportivo, pero ella que nanay, que su primer vehículo quería comprárselo ella misma con sus ahorros, con el sudor de su frente, aunque tuviera que esperar un par de años. Y así fue. Se sacó el carnet con dieciocho y no fue al concesionario de segunda mano hasta que tuvo veintiún años y novecientas mil pesetas en su bolsillo. ¡Qué sensación! El asiento rascaba y el cambio de marchas estaba un poco flojo. «Además, tiene tendencia a irse a la derecha», le dijo el vendedor, pero eso a ella le dio igual. Se dirigió a la M-30 como si llevara un Ferrari.

Y le dio un buen rendimiento, anda ya. Algunos días se llegó a sentir más cómoda al volante de su Nissan que en su propia casa. Aquel vehículo era lo primero que tenía suyo, y significaba libertad; y también intimidad, un lugar que conservara sus secretos de miradas ajenas y cuchicheos no deseados. Y eso era precisamente lo que ella quería, poder llorar sin que la viesen, sin tener que dar explicaciones a nadie.

Fue con esa excitación que da la independencia, con la que aquella noche enfiló la cuesta de San Vicente montada en su Nissan, dejando atrás la estación de Príncipe Pío. En la radio sonaba Héroes del Silencio. Cambió de emisora hasta encontrar una en la que cantaba Madonna. Le gustaba Madonna y su música siempre la invitaba a moverse; alegría que le hacía bien y que necesitaba. Qué cosas tiene la vida. Pocos segundos antes de experimentar un acontecimiento sin igual, ella estaba bailando. Así, como si todo fuera tan fácil.

Comenzó con una sacudida.

Ella contrarrestó con un volantazo y consiguió dominar el coche hasta detenerlo varios metros más allá. Terminó inclinada hacia delante, con las manos aferradas al volante y con miedo de levantar la mirada. Por un instante temió la embestida de otro vehículo. Pero nada. Esperó un segundo y esperó dos segundos, así hasta que se atrevió a abrir los ojos.

La calma. Siempre recuerda la calma después del accidente.

Al comprobar el silencio solo atenuado por el chirriar del motor del Nissan, pensó que tal vez había atropellado a un transeúnte o alguno de los muchos mendigos que solían dormir en el túnel de plaza de España. Pero no. Qué raro. No había rastro de ningún sintecho. Sí que estaban las mantas y los colchones amontonados a los lados de las paredes, en la acera, pero ni uno de ellos estaba ocupado. Aquella era la primera vez que no veía a ningún vagabundo allí. Se planteó salir a comprobar los daños del coche, quizá tratar de cambiar la rueda o buscar una cabina donde avisar a la grúa.

Sin embargo, no iba a poder hacer nada de eso.

Cuando se dio cuenta ya había alguien rompiendo la ventanilla del coche y agarrándola por el cuello. Ella vio poca cosa, solo a alguien difuso.

Y todo se fue a negro.

Ahora, tantísimos años después y sintiéndose otra persona, recorre la calle asustada. Con el mismo miedo de aquella noche de primavera. La única diferencia es que ahora sabe que los demonios son reales, que tienen nombre y rostro. Es consciente de lo que pasará si le dan caza de nuevo.

Qué difícil tener que escoger: morir o matar, no queda otra.

Se le ocurre una tercera vía.

Ha de encontrar un teléfono. Necesita hacer una llamada.

2

El mal existe, eso bien lo sabe él.

Cómo olvidarlo. No tiene más que mirarse en el espejo para comprobar que ahí está, en su lado izquierdo: un amasijo de carne en lugar de una oreja. No, ni siquiera necesita verse en el reflejo, para qué. Lo tiene integrado en su ser, escrito en su ADN, como un sueño en la piel.

Camina ligero, con ansias por llegar cuanto antes. Qué nervios. Cómo odia sentirse así, con el martilleo de su propio corazón. Se recuerda a sí mismo que ha de controlarse. Sí, eso. Desacelera y mete las manos en los bolsillos. Que no se note, que pueda pasar por un ciudadano más, una persona como siempre ha aspirado: con sus melancolías y flaquezas, vale, pero también con la capacidad de sonreír; alguien que haya tenido una infancia cotidiana. No como la suya.

Llega al control de acceso y da su identificación al guarda. Es absurdo, ahora ese hombre tiene su nombre y su foto, pero a él le da miedo que lo reconozca, que lo recuerde de cuando su cara abrió todos los noticiarios del país. Mientras espera, se queda cabizbajo.

—Aquí tiene un pase provisional hasta que le den el definitivo —le indica el guarda—. Es el segundo edificio a la izquierda. ¡Bienvenido!

Bienvenido, dice. Eso le hace sonreír. Recorre la calle principal de ese complejo mastodóntico situado en el barrio de Canillas, en el nordeste de la capital. Cuando se planta frente a la recepción del segundo edificio a la izquierda, vuelve a mostrar su identificación y una mujer le pide que espere sentado, que ahora le llamarán.

Esperar. Odia esperar. ¿Acaso no lleva años esperando esta oportunidad? Y cuando por fin llega el día se presenta en estas con-

diciones. Está lejos de sentirse bien, pero ¿y cuándo se ha sentido él bien? Apenas ha dormido. Pero sabe que la culpa es de su veneno; el veneno que alberga dentro y que le roe las entrañas con cada bocanada de aire. Esta mañana otra vez ha despertado con palpitaciones y llevándose la mano al pecho. La pesadilla. La misma de siempre. La que vive dentro de él y aprovecha cualquier resquicio para salir.

Como ahora. Le asalta la imagen. *Esa* imagen; la voz que le susurra, el fogonazo, el chirrido, la sangre... Él.

Cierra los ojos y se da cuenta de que incluso ha dejado de respirar.

Nada, mejor tratar de despejar la mente. Sí, eso, ha de controlarse.

Decide observar a su alrededor. Un *hall* pulcro y acristalado que deja bien presente el escudo del Cuerpo Nacional de Policía. Él ensancha el pecho, sintiendo la responsabilidad sobre los hombros. ¡Por fin! Por fin está aquí. Aquí, sí. El trasiego es admirable y nunca decae. En todo momento hay policías —algunos uniformados y otros no— yendo de aquí para allá; unos pocos con papeles en las manos, la mayoría con pistola en la cintura.

A un lado, no muy lejos, hay un corrillo que envuelve a un policía que es, a todas luces, el líder socarrón de aquella manada. Cómo le cansa ese tipo de prohombres.

Hace caso omiso y sigue a lo suyo. No desea escuchar conversaciones ajenas, pero tampoco lo puede impedir. Le toca aguantar el relato de aquel policía que se vanagloria de haber multado a una adolescente por llevar un bolso en el que aparecían las iniciales ACAB, acrónimo de *All Cops Are Bastards*.

—¿Y sabéis qué me dice entonces la perroflauta esa? Que ACAB significa *All Cats Are Beautiful*, hay que joderse.

Todos ríen y felicitan a su compañero. El policía Macho Alfa continúa relatando los nervios de la adolescente al verse multada y cómo juró y perjuró que ella lo llevaba por el tema de los gatos. Incluso llegó a enseñarle su perfil de Instagram, dedicado exclusivamente a los tres gatos con los que convivía.

—Porque claro, esa gente no puede decir que *tienen* gatos, sino que *viven* con gatos, es que... Créeme, en algunos casos una multa es poco, en serio.

Los demás empiezan a burlarse de la chica y la bola de nieve se

hace cada vez mayor; se llegan a soltar auténticas burradas a costa de la adolescente.

Él suspira desde su posición alejada, desaprobando lo que está oyendo. No lo puede remediar. Pero tiene tanta mala suerte que el Macho Alfa lo ve.

—Eh, tú, ¿qué te pasa, si puede saberse?

No respondas, no le hagas caso, por lo que más quieras, ignóralo, piensa él con la mirada al frente pese a advertir por el rabillo del ojo la atención del grupo de policías.

—Te estoy hablando. ¡Eh, tú!

Él trata de seguir obviándole, qué otra cosa puede hacer. No lleva ni cinco minutos en su primer día de trabajo. No la quiere cagar nada más empezar.

—Que lo sueltes, anda. ¡Dime lo que me tengas que decir! —espeta el Macho Alfa.

—No, nada —responde él, obligado por la presión de todas esas miradas.

—Ya, claro, ¿crees que no he visto tu carita, yogurín? ¡Tú, que me digas!

—De verdad que nada.

—Suéltalo, que aún te va a salir un cáncer.

—Pienso que por tu culpa tenemos mala fama los policías. Solo eso.

Cierra los ojos un segundo con disgusto por no haber podido contenerse.

—¿Qué cojones dices? —pregunta el Macho Alfa con cierta risilla hacia sus acólitos—. Las leyes no las pongo yo, y eso de las siglas ACAB es multable.

—Era una adolescente, por favor, ¿en serio era tan grave hacer la vista gorda? No hace falta ser un radical peligroso para hacerse con uno de esos bolsos. Yo mismo los he visto en tiendas de suvenires de Atocha. ¿Y si esa chica realmente lo llevaba por lo de los gatos, qué? Si esta mañana no tenía nada en contra de los policías, te aseguro que ahora sí. Lo irá contando por ahí, ahora puede estar incluso en TikTok acordándose de tu madre, y lo que más me fastidia es que nos va a meter a todos los policías en el mismo saco.

—¿Tú has visto dónde estás, chaval?

El Macho Alfa se acerca, amenazante. Algún que otro compa-

ñero le pide calma y hasta le pone la mano en el hombro; y surte efecto. El hombre sonríe a sus acólitos.

—Al niño le falta calle —alcanza a decir—. Ya se curtirá, ya...

Él se obliga a juntar los labios. Bastante ha llamado ya la atención. Suelta un bufido y se sacude la adrenalina. Para serenarse, observa de nuevo el *hall*.

Levanta la mirada y ve que, en un mirador que hay en la segunda planta y que da a las escaleras, se encuentra una mujer que lo observa fijamente. Cincuenta años, media melena, semblante mustio y un perenne ceño fruncido. En las manos lleva una taza colorida cuyo vapor sube y se disipa frente a esos ojos que lo miran con curiosidad y desconfianza. En realidad, más desconfianza que curiosidad.

Sin embargo, no es esa mujer quien lo llama, sino la recepcionista:

—¿Inspector Arturo Yani? Ya puede pasar. Coja el ascensor. La segunda planta a la izquierda. Sala de reuniones número cuatro.

Él frunce el ceño. ¿Ha de ir a una sala de reuniones y no a la sala común de la Brigada? Todo empieza mal, piensa Arturo en ese instante.

3

Suele decirse que las decisiones importantes no deben tomarse en caliente.

Quien recomendó eso nunca conoció a la inspectora Tania Bilbao.

Ella es una locomotora en marcha, así es como funciona. Sabe que el novato está en la sala de reuniones número cuatro, pero eso a ella le da igual. Que espere, que empiece a incomodarse en la silla, que se ponga nervioso y se pregunte qué diantres pinta él aquí.

Lo ha estado observando un buen rato desde aquí arriba y no ha encontrado nada admirable en él. Sí, tiene pose, que no porte, de gentilhombre; mirada atormentada y andares de quien se sabe roto pero decide disimularlo pese a todo. Eso hasta le parece tierno, mira tú por dónde. Qué dulce. Pero también es verdad que parece cargar con una mochila tan pesada que le hace bajar la mirada y no ser capaz de apreciar el presente, acaso vislumbrar un poco del futuro y seguramente ni eso. No más que sombras difusas, y con suerte.

Un caso perdido. No todo el mundo puede ser policía. Y menos de la Judicial.

Bebe un sorbo de café. Sabe que la imagen de una inspectora de Homicidios con una taza de Spider-Man por la comisaría no es algo serio, pero eso también le da igual. Se limita a saborear el café y a desear que haga efecto pronto. Lleva muchas horas acumuladas de trabajo y pocas de sueño.

Apoyada en la barandilla del mirador del segundo piso, ve subir al agente Estrada con sus amigos de otras brigadas.

—Estrada.

Tania sabe que no ha de levantar la voz. Un susurro suyo es una orden para sus subalternos.

—Dime, jefa —dice el agente despidiéndose a la vez de sus camaradas.

—¿Qué es eso tan gracioso que les contabas a tus amigotes? Que desde aquí arriba no he escuchado nada, pero he visto muchas sonrisas y tengo curiosidad.

—Ah, una anécdota sin importancia. No es nada.

—Anímame el café, va, que me he dejado las galletas de avena en el despacho.

—Nada, que esta mañana he multado a una chica por llevar un ACAB encima.

—¿En serio? ¿Dónde lo llevaba?

—En su bolso.

—Vaya... ¿En el bolso, dices? Guau...

Saborea el café, la amargura le gusta. Se permite unos segundos de falsa deliberación.

—Entiendo que un «zeta» que se pasa todo el día patrullando metido en un coche lo haga, pero tú... ¿Qué pinta un agente de la UDEV multando a una pobre chica?

Estrada va a responder cuando su superior le indica con un gesto que era una pregunta retórica. Da un sorbo al café con la mirada perdida, pensativa.

—¿Con qué estás ahora?

—Preparando el informe sobre el caso de Jasmine Vargas.

—Pues mira lo que vamos a hacer. Lo que lleves hecho se lo pasas a Marga, para que se haga cargo ella.

—¿Y yo, inspectora?

—Mira tus redes sociales, un foro de coches o lo que te dé la gana. Mañana sin falta, a primera hora, te plantas en el despacho de Miravete y le pides el traslado a otra unidad.

La cara del agente se enturbia; quiere creer que no ha entendido bien, pero el rictus de su superior no deja lugar para la duda.

—No puedes echarme así, y menos tú.

—¿Qué insinúas, Estrada?

—No insinúo, lo afirmo. Ya sabes lo que se comenta.

—Créeme, Estrada, mañana pide el traslado, es lo mejor. De lo contrario, le pasaré el algodón a cualquier paso que des en las

investigaciones y veremos qué ocurre, con suerte acabarás expidiendo pasaportes.

El agente aprieta los dientes y los puños. Da media vuelta y regresa a la sala común.

Tania, sabiéndose sola, emite una mueca de disgusto. No es fácil ser una líder. Ve que le queda café suficiente para lo que viene —será breve, se promete— y pone rumbo a la sala de reuniones número cuatro.